FRANCISCO J. PÉREZ GONZÁLEZ

HISTORIAS DE POR AQUÍ

DIBUJOS

NACHO DURÁN

® Francisco J. Pérez González - Textos
Ignacio Durán Méndez - Dibujos
I.S.B.N.: 84-607-2673-8
Depósito Legal: BA-399-01

FRANCISCO J. PÉREZ GONZÁLEZ

HISTORIAS DE POR AQUÍ

DIBUJOS

NACHO DURÁN

AGRADECIMIENTOS

La redacción de este libro hubiera sido imposible sin contar con los conocimientos y el amor a sus respectivos pueblos de: José Joaquín Pérez Guedejo, Emilio Thovar Veroso, Fernando García Carrasco, Juan José González Sánchez, Luis Alfonso Limpo, Eladio Aro Zorzal, Francisco Castaño, Encarnación Comerón Borrego, Hilario López Monroy, Juan Herrera Troca y Jesús Pérez Parra.

También es justo alabar la ayuda que ha supuesto para la creación de este albúm de recuerdos a José Ignacio Rodríguez Hermosell. Y, cómo no, a Ignacio Durán Méndez que ha conseguido plasmar en imágenes los bellos recuerdos de tantas personas.

EL AUTOR

PRÓLOGO

Como bien dijo Cervantes "Para componer historias y libros, de cualquier suerte, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento". Y son estas dos cualidades las que bien definirían a Francisco J. Pérez González, Paco, como castizamente le llamamos.

Paco, es un hombre poseedor de una envidiada confusión temporal, ya que conforme se le va conociendo, su persona va mostrando una gran riqueza humana y sobre todo espiritual, compuesta por añoranza romántica, respeto humanístico, atrevimiento esperpéntico, en fin, en su haber se pueden identificar pensamientos, movimientos y sentimientos identificables con cualquiera de las épocas de la literatura Universal.

Si a estas cualidades le unimos la de saber narrar las cosas complicadas de un modo sencillo, nos encontraremos con un excelente escritor.

Su actividad literaria es muy extensa así como densa, poesía, teatro, cuentos y, como nos encontraremos en este libro, leyendas. Por que si hay algo por lo que Paco

siente devoción es la recuperación del folclore extremeño, siendo el campo de los cuentos y leyendas tradicionales el más investigado por él.

Es de admirar el arduo y complejo trabajo que Paco ha desempeñado en la recuperación de leyendas del suroeste extremeño. Esta investigación podía semejarse a la cuaquier antropólogo, ya que, como ellos, investiga al ser humano de forma objetiva, implicándose e implicando de lleno a quienes trabajan con él.

Por todo ello es para mi un gran motivo de gratitud el cederme estas lineas para poder presentarle como autor, y sobre todo como humano, demasiado humano.

Rafael D. Lemus Rubiales

LOS MASTROS DE ALCONCHEL

Atrás quedaron los cántaros rotos en la plaza. Atrás quedaron cuando, por Carnaval, las ilusiones de decenas de jóvenes que, repartidos en corros por cualquier plaza del pueblo, arrojaban sus pucheros y porrones a aquella o aquel que pretendía ocupar su corazón, con el fin de que a éste o ésta se le rompiese y se cumpliera así su onírico deseo.

La construcción de los primeros *mastros* diluían estos recuerdos y difuminaban la nostalgia que, disimulada en casi invisibles lágrimas, se ocultaban entre las caricaturas de los ya casi construidos peleles, les producían.

En la noche de San Juan, los *alconcheleros,* vengan sus fantasmas construyendo estrambóticos muñecos a los que llaman *MASTROS*. Los visten y caracterizan de manera que imiten a viejos o actuales personajes públicos. Así alcaldes, concejales, ministros o hasta el mismo Rey, como en aquel año que estalló la República, son víctimas de su aversión. Las réplicas inanimadas (aunque, en ocasiones, articuladas) se postran ridiculizadas y que-

madas para deleite del pueblo entero.

En la explicación que escrita se suele colocar en el mismo mastro para justificar de esta manera su pecado, el papel que al rey Alfonso XIII, recién estallada la República le colocaron, respondía a la pregunta que su mujer, Victoria Eugenia, le hacía de esta manera:

"¿Te vas Alfonso XIII?"
" No, que me echan"

La docena o a veces más muñecos que anualmente cuelgan de sus ventanas, en cualquier plaza o esquina esperan que, al anochecer y cuando los jóvenes hayan agotado sus fuerzas catando, bailando y enamorándose bajo una de las primeras lunas del verano, sean arrojados a las candelas.

A los niños traviesos ya no les asusta la *Zaraguita Mora, la antigua reina mora que amenazaba con encerrarlos en sus mazmorras* si no hacían caso de las órdenes de sus mayores. Ellos saltan alrededor del fuego, danzando y disfrutando de la extraña y, ante sus ojos, inexplicable noche que sus padres tantas noches han vivido y en las frías tardes de otoño contado.

En Alconchel son conscientes de su pasado. Entre el *Fantasma de las Cadenas y el Pelón* que vengó a su ultrajada hija, saben incrustar nuevos y enigmáticos personajes que ofrecen su efímera vida al dios fuego para divertimento en una de sus noches más celebradas.

EL TESORO DE LA CALLE CRISTO (ALMENDRAL)

Es de noche. En la sala que inaugura la estancia y, tras un disimulado portazo, el amo y el alarife, arrastrando éste dolor de una aún joven cojera, se dirigen hacia el patio. Allí, iluminados por la luz del candil que sostiene el amo, se detienen y hablan.

No tardaron mucho en decidir el lugar. El extraño cometido que Juan Sandoval se había propuesto les llevó hacia cualquier ancho muro de la vivienda.

Allí y haciendo el mínimo ruido, ayudado por un pico envuelto por una raída manta, comenzó a picar la pared. Un polvo rojizo de barro cocido empezó a molestarle en la lengua.

-"Un poco más". Le indicó el amo.

-"Hay mucha piedra. Me extrañaba a mí que un muro tan ancho fuera todo ladrillo".

Un hueco quedó abierto en el lienzo blanqueado y pulcro, lo suficientemente ancho como para permitir esconder el pellejo.

Sandoval volvió a mirar el contenido de la improvisada bolsa. Sus ojos se iluminaron de triteza al recordar que su fortuna hubiera permitido llenar cientos de bolsas de piel como la que ahora sostenía en sus manos.

-"La meto ya ". Apuntó el viejo albañil, secándose con una manga de su maltrecha camisa el sudor.

-"Espera".

Tras un silencio en el que pasaron por su imaginación, en segundos, todos los estropicios que tanto sus hijos como su mujer habían hecho con su abundante riqueza, recordó cómo, aquella mañana de verano, durante el mercado semanal, cuando los ambulantes mostraban sus mejores cerámicas, lienzos y porcelanas, sus hijos, acompañados de los criados y espoleando sus caballos, destrozaron todo lo que por el empedrado suelo se exponía. Este divertimento le costó mucho más de lo que en realidad debía pagar a los vendedores damnificados. Los comerciantes, conocedores de la fortuna del progenitor de los malcriados gamberros, aprovecharon y tasaron lo destrozado por encima de su valor real.

Ató el pellejo del becerro y, antes de ofrecérselo a su viejo ayudante, aún le dio tiempo de recordar cuando, en otra ocasión, sus hijos, acompañados por braceros de su finca, cambiaron la linde de la misma, apropiándose indebidamente del terreno del vecino. Éste, refugiándose de la riqueza del padre de los usurpadores, igual que habían hecho los vendedores ambulantes, procedió a valorar el terreno allanado en cientos de reales más de lo

que en realidad costaban las tierras.

Estos motivos, entre otros muchos, fueron lo que llevaron a Sandoval a tomar la decisión de coger una notable cantidad de la hacienda que aún poseía y, envuelta en la piel sobre la que ahora lloraba, emparedarla. Creyó que era la única manera de que sus herederos no terminaran con ella.

La noche caía como una losa adornada de estrellas sobre el "corral" del caserón. Allí sentados, el amo y el criado, convinieron en no revelar el lugar donde se habían ocultado las monedas.

Salieron de la casa de la calle del Cristo y, dirigiéndose a una esquina, donde un farol aún goteaba aceite, se despidieron hasta la mañana siguiente:

-"Ha tenido que ser así. Moriremos con este secreto".

-"Si, mi Señor. Ya vendrá alguien que sí sepa apreciar el sudor que le ha costado amasar su fortuna".

-"Gracias, Miguel. Mañana hemos de vernos. Ahora vete y descansa. Es tarde".

Así permaneció el tesoro oculto en una señorial casa de Almendral, esperando que alguien lo encuentre y honre la voluntad de su original dueño.

Esto pasó hace muchos años. La casa pasó por distintos dueños. Cuentan los actuales que el vencido viejo, poseedor antaño de incontables riquezas, murió con la cabeza "perdida" a causa de un golpe que le propinó un becerro durante un herradero. Uno de los hijos pasó sus últimos días en la más absoluta de la indigencias, recogido por uno de sus, en mejores tiempos, criados.

Es tentador hoy en día acariciar los muros de este caserón, donde, confundido con el calor que absorbe la cal, se siente el tintineo que, dentro de un raído pellejo, producen las monedad que aún conservan en su interior y que se reproduce por toda la estancia, obsequiando el oído y la imaginación de todo el que la visita.

Por muchos años.

LA HIJA DEL ALCALDE (BARCARROTA)

Cuentan -da igual el tiempo ya que las leyendas no deberían tener fecha-, que habitaba en Barcarrota un Alcalde al que sucedió lo que a continuación les narro.

No era tiempo precisamente de veleidades y el pasear de noche por las calles oscuras de la localidad no era propio de gentes de cierta clase. El alcalde de nuestra historia, que a la sozón vivía en una bella casa de la Plaza del Altozano, tenía una hija, enamorada de un joven de modesta familia.

La época no era la más propicia para estos consentimientos. El padre quería para su hija lo mejor. La hija amaba al joven sin preocuparse de clases ni de comentarios familiares o ajenos.

El tiempo corría y, de repente, una noche, alguien observó a través de su ventana una extraña y misteriosa figura blanca que deambulaba por las esquinas de la localidad. Esta persona decidió poner sus observaciones en buenas manos y avisó al Alcalde. El comentario se corrió, de boca en boca, por todo el pueblo. El Alcalde

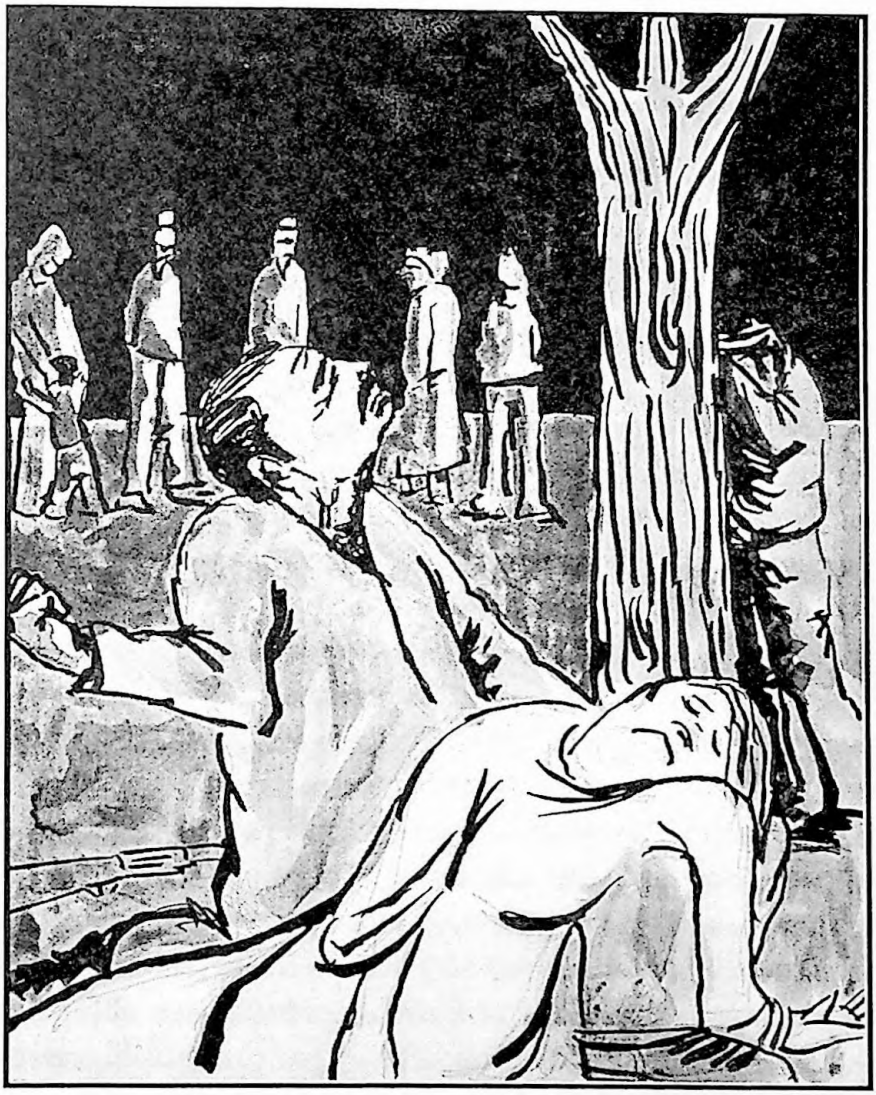
celoso de la seguridad de sus vecinos, recorrió, a partir de ese día, las calles de Barcarrota en busca del fantasma que atemorizaba a sus conciudadanos. Era raro ver, a la hora del ocaso, algún cerrojo o portón abierto en toda la villa.

Le costó algunas noches pero, al fín, una madrugada en que la lluvia hacía más perezoso el correr del espectro, el Alcalde, ayudado por dos alguaciles, dio muerte, junto a la fuente que adorna la coqueta Plaza del Altozano, a la sombra que les había desvelado durante tantas noches.

Las ventanas de las casas aledañas a la plaza abrieron sus postigos. La luz de sus candiles se derramó de golpe hacia la calle. Todos los vecinos se acercaron al lugar. Empapados por la tormenta se iban arremolinando en torno al misterioso personaje. Una sábana, a modo de túnica, le cubría el cuerpo. Una capucha blanca, la cabeza. El Alcalde, ante la curiosa mirada del gentío, se agachó temeroso y, cuidadosamente, destapó la delicada figura yacente.

Su mirada se nubló. ¡Había matado a su hija! Un murmullo, seguido de un impresionante silencio, inundó la plaza. La gente se retiraba pensativa hacia sus casas. La visita nocturna al amante -pensaba- había acabado con su vida.

Al fondo, el Alcalde, arrodillado junto al cadáver de su hija, lloraba y se maldecía por su rectitud. La tormenta afilaba sus destellantes uñas sobre el suelo. Toda la noche continuó lloviendo...



EL ÁRBOL DEL REY (CHELES)

La Virgen del Carmen, protectota de las almas del Purgatorio, preside, en la Iglesia del fronterizo pueblo del Cheles, una pintura en la que se ve a Ésta junto a dos distinguidos señores. Uno parece ser el Conde de Villamanuel e, igualmente postrado ante tan destacada Dama, el mismísimo rey Don Felipe II.

En Cheles, el nombre de Felipe II preside buena parte de su historia. No en vano, el regio personaje, se cuenta, pasó a tierras portuguesas atravesando el Guadiana que, a escasos metros, baña su término.

En este río, bajo una esbelta encina, esperó el hijo de Carlos I un barco que le cruzara a la otra orilla, ya tierra lusa. El árbol parece que despareció, pero los habitantes de este noble pueblo aún recuerdan aproximadamente el lugar.

No recuerdan el hecho con lo que relatan las crónicas pero, en la dehesa la Cohitada (traducción de "pobrecita"en portugués), se asegura que fue aquí donde

paseó por tierras españolas el rey Felipe II por última vez.

En Cheles, población que tuvo que abandonar su primitivo asentamiento en la Dehesa de San Onofre, al ser invadido por una plaga de hormigas y termitas que atacaban principalmente a los niños, habitaba el noble que le dio nombre al Condado que ocupaba estas tierras, el Condado de Villamanuel. Desde su palacio, hoy dividida vivienda, salía un pasadizo que llegaba hasta la Iglesia de la población, el cual era aprovechado por las damas que ocupaban dicha vivienda para asistir a los devotos actos que en ella se oficiaban.

Algún anciano de la localidad, desde la sombra de cualquier árbol de los que dibujan su perfil sobre el Guadiana, quizás presienta la sombra de la torre del palacio del noble. El Conde de Villamanuel y el rey Felipe II, otrora, sabio juez de Pedro Crespo, el Alcalde de Zalamea, permanecerán en la memoria mágica de la localidad de Cheles

EL TORO DE ORO (HIGUERA DE VARGAS)

El sol es inaguantable. Los mozos no paran de proveerse de agua de la pequeña fuente que mana a su lado. La caza de esta manera se hace imposible.

Todos, alrededor de una higuera, se afanan en preparar la comida que degustarán como premio a una larga y tediosa jornada .

El joven Iván, de tez morena y regias maneras, acercó sus palabras al oído del anciano Juan, su hombre de confianza y, como inseguro de la respuesta, le propuso:

- "Aquí hemos de instalarnos. ¿No te parece bello el paraje?"

- " No lo entiendo, mi Señor", murmuró el criado que, con el pan sujeto bajo el brazo, se disponía a cortar una rebanada.

- "Venimos a menudo. ¿No crees necesario levantar aquí una pequeña fortaleza que nos acoja en días como éste?"

-"Desmesurada, mi Señor, creo que es su idea. Esta tierra seca y este paisaje de higueras, en otoño, cuando cai-

gan todas estas hojas y dé ese aspecto cadavérico a los árboles, no le proporcionarán otra cosa que tristeza".

Iván no olvidaba su empeño. El tiempo fluía acompañado del monótono llanto del río Ardila que tan cercano volaba.

"Esto es lo que yo quería. Lástima que el viejo no lo conociera". El ya maduro Iván contemplaba desde lo alto de las almenas el enorme terreno que se extendía ante sus ojos.

"Los mozos se instalarán alrededor de mi castillo. Levantarán sus casas. Tendrán familias. Yo les proporcionaré siempre la protección que me soliciten. Crearé un pueblo".

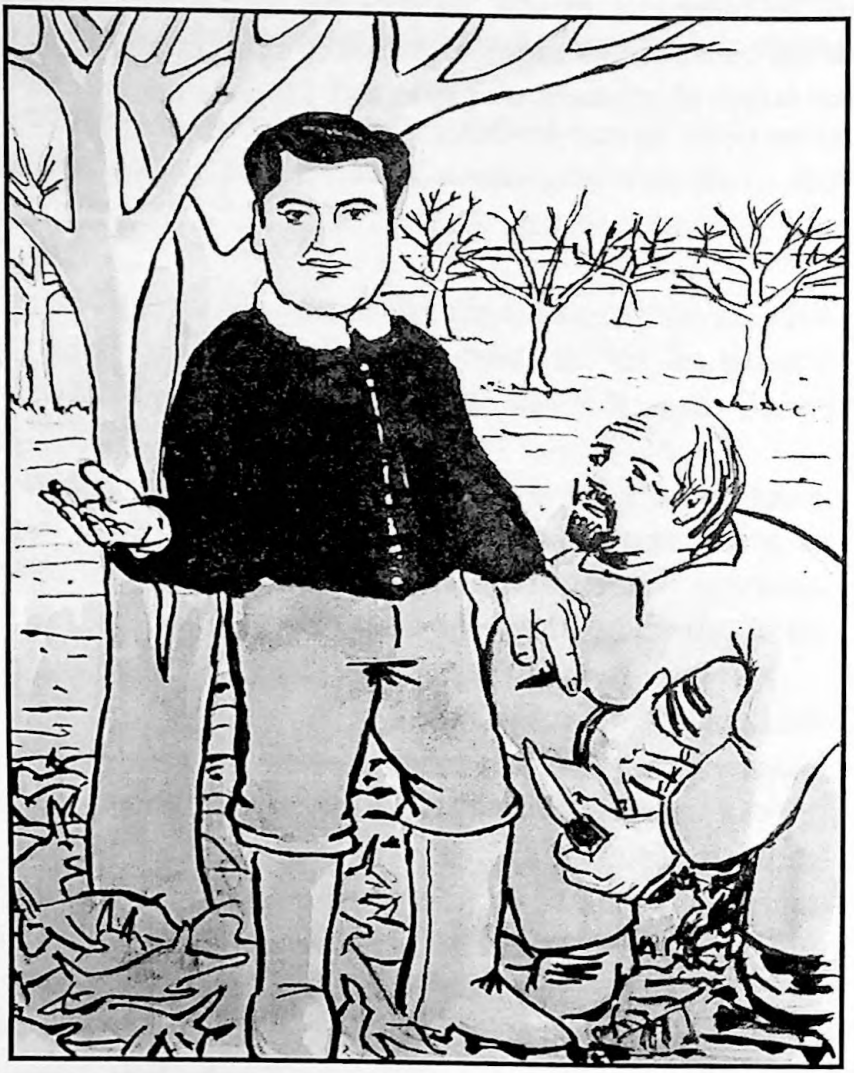
El desvelo de Iván dio pronto su fruto. Efectivamente, este lugar que en un principio solamente era un higueral enorme, se abría ante su mirada como una próspera villa donde los vecinos se afanaban en cuidar la tierra y asegurarse el futuro.

Hoy en día, los muros que sobreviven a este sueño se hallan en su interior ocupados por las ramas y raíces de las higueras bajo las cuales Iván descansaba.

Hay vecinos que aún se atreven a asegurar que, desde esta hoy casi ruinosa fortaleza, parte un largo pasadizo que llega hasta la sierra de Mampolín. Otros aventuran que, en esa misma sierra y quizás pareja al pasadizo, existe una gruta donde aún se podría encontrar un Toro de Oro.

La realidad puede ser bien distinta pero el hecho es que, siendo muchos los que han proclamado la realidad

de estas construcciones ocultas, la imaginación popular y el dotar de certeza a la fundación de la villa hace que, en las tardes de otoño, al calor de las primeras candelas de las cocinas, los niños higuereños pregunten a sus abuelos sobre el misterioso brillo del Toro de Oro.



LAS ESPANTARUJAS (NOGALES)

Las casas de Nogales se retuercen hacia el castillo como si éste fuera el eje de un tiovivo de largas y arrugas cintas blancas y rojas.

Las casas de Nogales visten sus fachadas de luminosa cal, desde el húmedo tejado hasta los altos e inclinados acerados.

Las casas de Nogales ocultan entre sus anchos muros los fantasmas que, atemorizadores de la infancia olvidada, rezuman sueños entre las grietas encaladas de las alcobas.

En Nogales, a estos fantasmas los llaman Espantarujas. A veces, y los más viejos, Pantarujas.

Una noche en este pueblo es un ir y venir de sombras, calle arriba, calle abajo, provenientes del castillo y de su vecino, el camposanto.

Los ancianos de Nogales a las Espantarujas les rezan canciones y, entre risas, oyen la voz de su alma y de su infancia:

"En el cementerio entré
y oí un hombre darme voces
y era un panadero
que hasta muerto me conoce,
de treinta panes que le debo
desde el mes de enero".

En una ocasión, cuenta el anciano Eladio que a una mujer de Santa Marta que venía a enamorar a un nogaleño, no se le ocurrió otra cosa que venir vestida de Espantaruja. Por la carretera y acercándose al pueblo, iba atemorizando con su traje negro y el cántaro agujereado e iluminado en su cabeza, a todo el que por aquellos campos estaba.

"Con un velo por la cara
de luto la vi pasar
y me obligó preguntarle
que quién se había muerto en el cielo
que la Virgen iba enlutá"

Otra vez la muerte entra en los corazones de los nogaleños y, entre ráfagas de húmedo viento, se aproximan las tormentas que, entre visillos, observan acercarse las noches de Espantarujas.

Un niño corre a su casa perseguido por la silueta de una farola. Un perro huye empujado por la sombra del árbol viejo.

La tarde muere tendida en la pared del cementerio.

EL REY DE ORO (OLIVENZA)

En Olivenza, sus intrincadas y blancas calles nos conducen a través de nobles caserones y arcos encalados a un pasado reciente de guerras y conquistas.

Las tardes, bañadas por el aire fresco que proviene del Guadiana, rezuman nostalgias de un viejo país olvidado a la otra orilla del río. Las noches en cambio, traen a las temblorosas manos de los más ancianos las historias que, como pliegos amarillentos y olvidados de su memoria, manejan, manosean y modelan constantemente cuando la atenta curiosidad de sus nietos las requieren.

Es el caso del anciano Tomeo que, casi ocultando a un nieto en su regazo, le comenta cómo, cuando él corría por el derruido Puente Ajuda, ya escuchaba de sus mayores la historia que ante los curiosos y chispeantes ojos del niño le mostraba.

El "Guitas " le llamaban. Tal vez sea, junto al nombre, el único dato cierto que quedad de esta leyenda. Este

joven soñador llenaba sus noches con avariciosos sueños uno de los cuales le aportó un notable mal que hizo de su onírica experiencia motivo de una leyenda.

El "Guitas" vio una noche como una pulcra y enigmática anciana le revelaba la existencia de una estatua a la que se refirió como un Rey de Oro valiosísimo. En otra ocasión y esforzándose en encontrar la anciana en sus sueños, ésta le indicó con más aproximación el lugar donde hallarlo.

Las cuevas que existen en la cercana Sierra de Alor, a las que el tiempo les ha conferido unas formas que invitan a cualquier cosa menos a introducirse en sus intrincados huecos, fue el sitio indicado por la mágica vieja.

Además del lugar también le reveló el sinuoso camino que debía seguir para encontrarse frente a tan preciada figura.

Decenas de carros, arrastrados por mulas y cargados de arena, fueron haciéndose habituales a la vista de cuantos por esta sierra se acercaban.

El anciano Tomeo desliza su mano por la frente, trayendo y deformando tras sus dedos los rojos párpados que los años han aumentado antes de continuar.

El nieto, que no soporta tan leve demora, le impele a continuar.

El joven de nuestra historia invirtió toda su fortuna en escavar las profundas galerías que ocultaban la cueva. Los años se perdían y las ilusiones con ellos.

Una mañana de invierno Felisberto Martins "El Gui-

tas", vencido por los años, amaneció muerto. Esa última noche seguramente habría soñado con el Rey de Oro y con las cuevas que, arrasadas, lucían sus entrañas al débil sol de enero.

Sus arruinadas y rígidas manos parecían sujetar y acariciar una imaginaria figura. La figura del sueño que había ocupado su existencia y que ahora continuaría más allá de las estrellas.

En Olivenza, Tomeo transmite la leyenda a su nieto. Éste lo hará a los suyos cuando llegue el momento y todos terminarán añadiendo al relato que a pesar del tiempo transcurrido, en la Sierra de Alor, aún se percibe el brillo de un tesoro que, entre las abruptas grietas, se imagina.

SAN PEDRO EL SEGADOR (TÁLIGA)

La "Lobata", mujer alta y oscura, aún conservaba motivos en su imagen que demostraba la belleza juvenil que en otros tiempos atesoró. Al ponerse el sol sacaba de nuevo los archiperres a la calle para, una vez calentado el aceite, preparada la masa y cortadas las hojas del palmera, ofrecer sus "churros" a todo aquel que quisiera saborear la alargada y dorada masa que cada tarde fabricaba.

Todos los días el mismo rito. De siete de la mañana a once. Por la tarde cumplía el mismo horario. El humo del bidón que, rebosante de aceite instalaba en la pequeña plaza, inundaba de un sabroso aroma, que al decir de uno de los ancianos que cada tarde sentado en la sombra de una estropeado encina hacía su guardia, parecía que solamente con inalarlo alimentaba.

Pero aquella tarde era especial. Una tarde de aquellas que solamente en los pequeños pueblos saben esperar con cierta impaciencia. Una tarde donde, desempol-

vandolos, se sacan los relucientes vestidos de vivos colores que lucirán las mozas y, descolgados de las perchas donde por mor del tiempo han adoptado una recia y casi acartonada forma, los mozos descuelgan sus bordados chalecos negros. Esa tarde era San Pedro. San Pedro el Segador.

Cada año, una vez acabada la siega, el pueblo se echa a la calle y, entonando las canciones que sus abuelos les han legado, se dirigen a la pequeña y calurosa plaza donde, al ritmo que les marca el acordeón, danzan alrededor del enorme pelele que, en esta deseada y única fecha, sientan para disfrute de su compañía.

La "Lobata", habitualmente, es la encargada de confeccionarlo. Este gran muñeco, reflejo de San Pedro, permanecerá instalado durante toda la tarde hasta que los faroles iluminen el ánimo a los celebrantes.

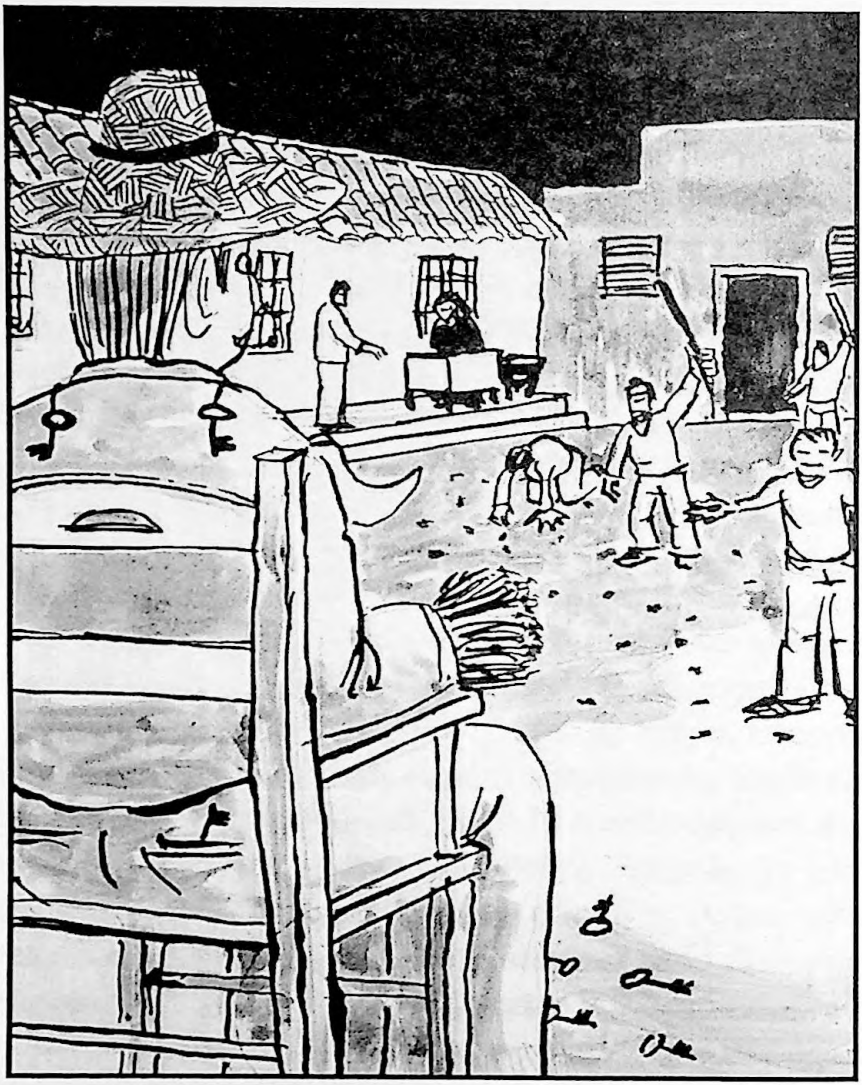
Al gran San Pedro de enormes pantalones y descomunal camisa, le colgaban unos cuernos de los que usualmente, lleno uno de vinagre y el otro de aceite, los segadores se llevaban al campo para aderezar las ensaladas que más tarde les proporcionaba la fuerza que tan dura labor necesitaban. Al gran San Pedro, además, lo adornaban con sombrero y refajo. Al gran San Pedro, santo viejo, le colgaban, cómo no, llaves por todo el cuerpo, emulando al guardián de las puertas del cielo.

La "Lobata" hacía su "agosto" vendiendo su artesanal mercancía. El homenaje de agradeciemientos que el pueblo ofrecía al referido santo le servía para acrecentar su maltrecha economía.

.Cuando los primeros reflejos del sol se dejaban sentir en la espalda, los mozos, armados de estacas y piedras, linchaban al gran muñeco hasta que su imagen quedaba irreconocible. Era el disfrute final a una larga y animada velada.

Esto sucedía en el pequeño pueblo de Táliga, lugar cercano a todas partes y de moradores sencillos y trabajadores. El esfuerzo que cada año le suponían sus labores agrícolas lo solían celebrar de esta devota manera agradeciéndole al santo el resultado de las mismas y rogándole para que al año siguiente fuera, al menos, tan provechoso como éste.

Para San Pedro del año siguiente, la "Lobata", la del aceite hirviendo y las hojas de palma, ya tenía casi preparado el pelele que tanto animaba a la gente y que tan buen resultado le daba.



LOS MONJES DE TORRE DE MIGUEL SESMERO

El camino hacia Jerez de los Caballeros se hacía perezoso. La carreta, empujada por dos caducas mulas y sorteando el pedregoso terreno, avanzaba bajo el sol terrible de aquella mañana de agosto. Un nutrido grupo de tostados campesinos, quitándose el sombrero y arrugándolo entre sus manos, se persignaba a su paso.

Las grandes ruedas que arrastraban la carretera hacían sonar su llanta oxidada. Dentro, y envuelto en restos de añejos sayales, se encontraba la ajada y sin vida figura de fray Matías de Alcántara. Su cuerpo, rebotando al tropezar las ruedas en las piedras del camino, era dirigido hacia Jerez donde, después de oficiar un sencillo funeral en el convento, sería preparado para ocupar su última estancia en esta tierra.

Al pasar por Barcarrota, los campanarios de las Iglesias de Santiago y Ntra. Sra. del Soterraño doblaron sus campanas y el eco de esta agonía crispaba el ánimo de los dos monjes que, acompañados por buena parte del pueblo, guiaban a las mulas.

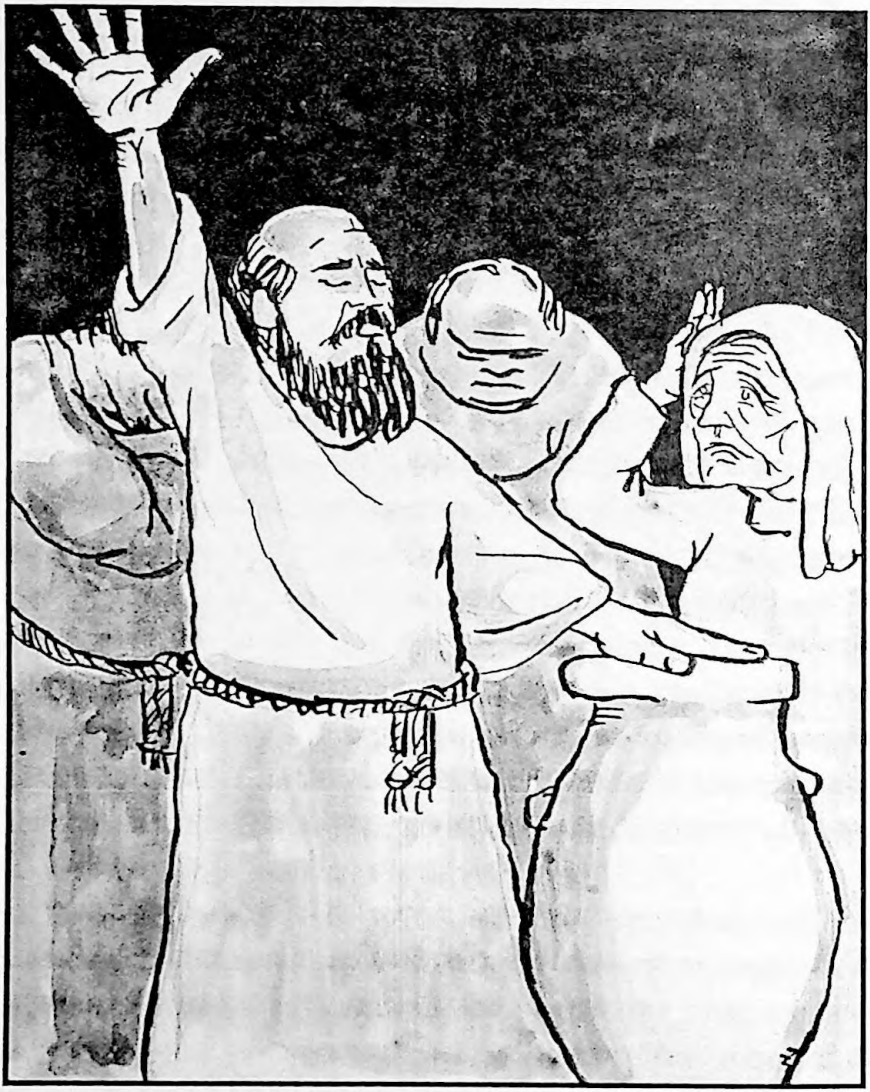
Tiempo atrás, fray Matías y sus compañeros de Orden habían acostumbrando al pueblo de Torre del Miguel Sesmero a un sinfín de servicios, algunos de ellos mágicos. Esta devoción a la localidad surgió quizás debido a una precoz visita, cuando uno de los referidos mojes, inválido, al salir de la Iglesia de la localidad, se encontró totalmente recuperado. Este milagro hizo que, a partir de entonces, los tres monjes visitaran con suma frecuencia esta población.

Más tarde, aún se llegaron a hospedar en una casa que entonces existía en la calle del Pozo. Allí, en cierta ocasión, se cuenta que la dueña de dicha posada se quedó sin aceite y los monjes, en agradecimiento a sus servicios y confiando en sus capacidades para hacer el bien a cristianos que así lo merecieran, le llenaron, milagrosamente, una pequeña tinaja de barro diciéndole que la misma permanecería llena perpetuamente, siempre y cuando no mirara ella en el interior. La curiosidad de dicha ama la llevó a mirar el contenido, haciendo caso omiso a las instrucciones que le habían dado los monjes. La tinaja desde entonces permaneció seca como castigo a la desobediencia demostrada.

Así pasaron estos casi anónimos y extraños visitantes por la historia de Torre de Miguel Sesmero, haciendo cuanto de bien le solicitaban los vecinos y pregonando una fe que les hizo famosos en la comarca hasta que una triste enfermedad acabó con uno de ellos. El traslado, como ya se ha comentado, fue un auténtico peregrinar

de fieles y fue compungidamente observado por todos aquellos por cuyo lado pasaba el cadáver.

Nunca se supo el final de sus compañeros pero lo que quedó claro en la evocación de la población es que, en esta breve época, sucedieron en sus calles extraños y milagrosos prodigios de difícil explicación y que aún se comentan y comentarán de abuelos a padres y de estos a sus hijos, consolidando una leyenda que, difícilmente, podrá apartarse de sus memorias.



LAS DIABLAS (VALVERDE DE LEGANÉS)

San Bartolomé, aquel Apóstol que pereció degollado, conserva aún en sus manos el cuchillo de su tormento. En Valverde de Leganés, los parroquianos comprueban a diario el brillo de su afilada hoja a través del cromado sol que filtra la cristalera de su iglesia. Se adivina el penar del Santo y el dolor que acumulan sus ojos, en la vidriera que preside el altar mayor de la misma.

Los valverdeños aprovechaban, hace una veintena de años, su festividad, allá por el 24 de agosto, para revivir un extraño rito que aún ocupa un hueco en la dilatada memoria de los mayores. Ellos lo llamaban las Diablas.

La víspera de este día, las mujeres, portando un enlutado y tétrico atuendo, constituido la mayoría de las veces por túnicas negras con una lámpara en la cabeza, recorrían las calles de la población arrastrando cadenas y latas y blandiendo palos con los que golpeaban las puertas por donde pasaban.

Este recorrido impregnaba las calles de un delicio-

so y a la vez triste aroma de nostalgia de siglos. Se leía en la mirada del gentío el dolor sufrido por el venerado Santo que ahora celebraban, al que golpearon, encadenaron e hicieron padecer tales sufrimientos, que los sonidos que reproducía el eco de los largos pasillos de sus casas era devuelto, convertido en feroces lamentos.

Para entorpecer el mal augurio que suponía que golpearan una puerta, los vecinos orlaban sus entradas y pasillos con una figura a la que estéticamente acompañaban con luces y cruces de Caravaca, suponiendo de esta manera poder espantar a las Diablas que se acercaban hasta ella.

Hoy en día el pueblo ha perdido esta costumbre. Ya las hojas de sus puertas permanecen abiertas, indiferentes al paseo de los vecinos en tan señalado y festivo día.

La emplomada imagen de su venerado Apóstol conforma el único mítico y místico acompañamiento de los vecinos de Valverde del Leganés. Las Diablas, ocultando sus oscuras figuras, permanecen tendidas en el fondo de los empolvados baúles que, arrinconados en los doblados, son portadores de tan vivos recuerdos.

LOS QUEBRAOS DE LA NOCHE DE SAN JUAN (VILLANUEVA DE FRESNO)

En Villanueva del Fresno, pueblo fronterizo y amplio, de calles blancas y heráldicas casas, las noches de verano la gente las pasa sentada al borde de su acera, evitando el calor que han absorbido durante todo el día sus casas y aprovechando el aire que, procedente de las calles vecinas, deja sentirse como una suave caricia que tranquiliza los sosegadas almas. Las sillas de enjuta enea les sirve de apoyo al derrotado cuerpo que las tareas agrarias les ha dejado.

Un nutrido grupo de niños corren enarbolando una prendida "hacha de gamona", ya más que reseca, que de la pasada Navidad aún le habrá sobrado. El aroma que invade el fugaz trayecto deja en los ojos de los reposados vecinos lágrimas entre nostálgicas y evocadoras.

En Villanueva del Fresno aún se recuerda que, en la noche de San Juan, cuando los días dejan de ser tan largos, se representaba un curioso rito entre mágico y supersticioso, donde, a los niños que sufrían de hernia

("quebraos" lo llaman por estos pagos), le hacían pasar bajo un arco de mimbre que en una huerta cercana instalaban para llevar a cabo este extraño rito.

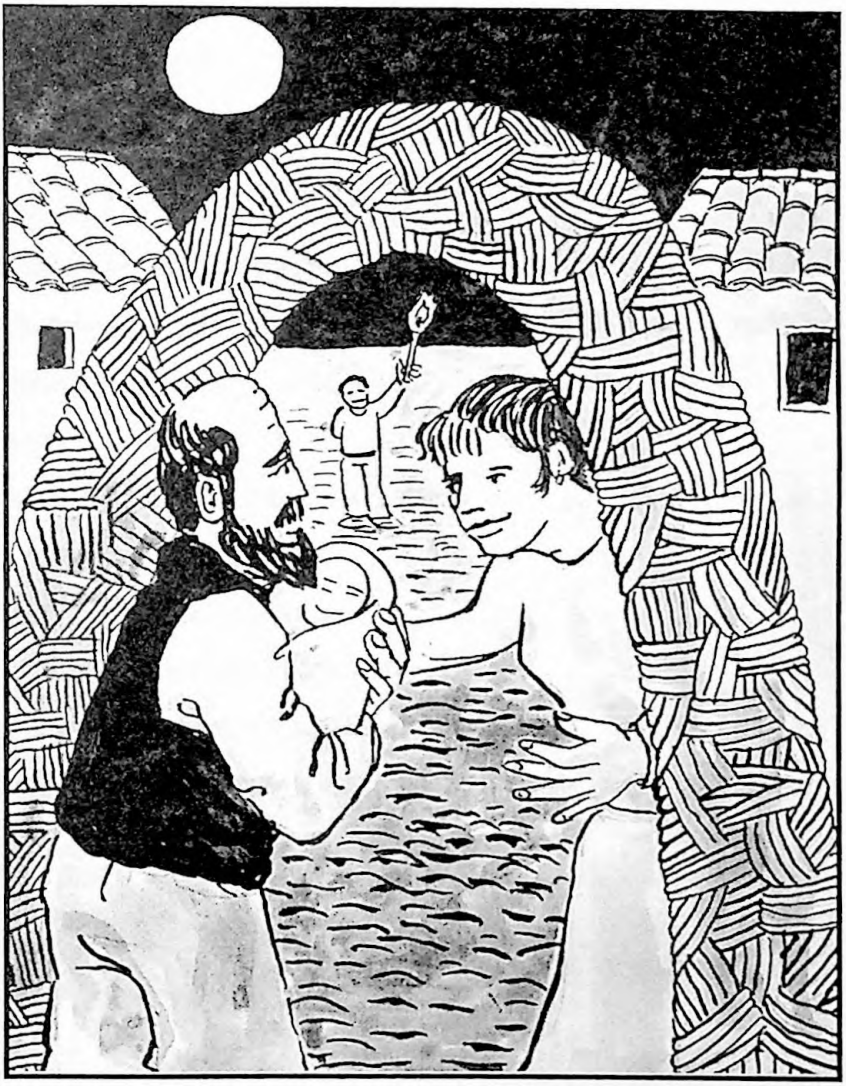
En Villanueva del Fresno, los padres o padrinos de estos niños, cuando el reloj ya señalaba las doce, se colocaba un familiar al lado del gran arco de mimbre sosteniendo en brazos al niño y, por debajo del arco, entregábaselo al otro que se encontraba en el lado opuesto. Mientras esto sucedía, el familiar que lo entregaba decía, siguiendo una retahíla que se repetía cada noche de San Juan:

-"María"
-"Qué quieres, Juan".
-"Coge este niño
que "quebrao" va,
pásalo por la mimbre
que San Juan y María
lo sanarán".

Una vez que es recibido en el otro lado del arco, el que ahora sustenta al enfermo niño lo vuelve a entregar repitiendo el texto ya pronunciado.

En esta localidad siempre se ha pensado que no hay mejor manera para sanar a los niños "quebraos". La magia, que siempre ha imprimido la noche de San Juan, aquí la transforman en sencilla superstición y esperan que cuando, al amanecer, los primeros campesinos comiencen su tarea, el niño, por el que velaron la noche anterior, esté tan sano como la ilusión de sus familiares han deseado.

En Villanueva del Fresno, la noche huele a regada huerta y noche calurosa, a reloj parado y mimbre seca.



ÍNDICE

-LOS MASTROS DE ALCONCHEL ..... Pág. 11

-EL TESORO DE LA CALLE CRISTO (ALMENDRAL)..... Pág. 15

-LA HIJA DEL ALCALDE (BARCARROTA) ..... Pág. 21

-EL ÁRBOL DEL REY (CHELES)..... Pág. 25

-EL TORO DE ORO (HIGUERA DE VARGAS)..... Pág. 29

-LAS ESPANTARUJAS (NOGALES) ..... Pág. 33

-EL REY DE ORO (OLIVENZA)..... Pág. 37

-SAN PEDRO EL SEGADOR (TÁLIGA) ..... Pág. 41

-LOS MONJES DE TORRE DE MIGUEL SESMERO..... Pag. 45

-LAS DIABLAS (VALVERDE DE LEGANÉS) ..... Pág. 49

-LOS QUEBRAOS DE LA NOCHE DE SAN JUAN
(VILLANUEVA DEL FRESNO). ..... Pág. 53

Patrocina

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BARCARROTA